

Publicado en www.laplazuela.net de Sigüenza

Parar la despoblación. 1-Diagnóstico y bibliografía

Publicado: 15 Mayo 2017 Escrito por Isato de Ujados

Existe un lugar, en el interior de la piel de toro, donde abunda la tierra y escasean las personas. Comprende 63.098 kilómetros cuadrados (poco menos que Bélgica y Holanda juntos), cinco comunidades autónomas, diez provincias y 1263 municipios; varios miles de poblaciones más si contamos pedanías. Si está leyendo estas páginas es casi seguro que vive en uno de ellos o mantiene estrecha relación con los mismos. Algunos la llaman la “Serranía Celtibérica” o, significativamente, la “Laponia del sur”, ya que la densidad de población en estos lares es incluso inferior a la de aquel territorio permanentemente helado.

Algunos datos comparativos pueden darnos una idea de la magnitud que presenta la despoblación en esta parte de España. En esos 63.098 kilómetros cuadrados habitan 503.566 personas; esto nos da una densidad de población de 7,98 hab/km². La media del país es de 92 hab/km². Si toda España tuviese una densidad de población como la de la Serranía Celtibérica el país tendría sólo 4.037.800 habitantes; como si las personas de Madrid, Alcalá, Móstoles y Fuenlabrada deambulasen por todo el territorio nacional; como si toda la ciudad de Madrid acogiese a 4670 personas.

Hay un problema añadido al propio hecho de la despoblación que diferencia, para peor, la Serranía Celtibérica de la Laponia escandinava. Sólo aquí encontramos la mayor tasa de envejecimiento de la Unión Europea combinada con los más bajos índices de natalidad. El futuro, pues, se presenta turbio en estas tierras: la tendencia a la despoblación es firme y, si no cambian los vientos, el desierto demográfico se irá volviendo cada vez más seco, más áspero, más desierto.

El éxodo rural, ya centenario, se agudizó intensamente en la década de los 50, en lógica sintonía con la mecanización del campo y el modelo desarrollista propio de la época, que cuajó las periferias urbanas de nuevos barrios obreros y polígonos industriales. Todo el país está afectado por el fenómeno, pero en diversos grados. Lo define bien Sergio del Molino, de quien luego hablaremos:

“Los geógrafos conocen este fenómeno como declive rural, y está expresado en un modelo con forma de círculo vicioso. El sector agrario, al mecanizarse, requiere mucha menos mano de obra. Los jóvenes que no pueden emplearse en el campo emigran a la ciudad, lo que repercute en una reducción de los servicios e infraestructuras y una caída de la tasa de creación de nuevas empresas. Por tanto, los puestos de trabajo, no sólo los agrícolas, sino todos los demás, menguan y más gente tiene que emigrar, especialmente los jóvenes. Al final, sólo quedan los ancianos, que terminan yéndose a la ciudad también si no se les provee de servicios básicos como una buena atención sanitaria. Si no se rompe este círculo del declive rural, es cuestión de tiempo que la zona quede desierta.”

Y ahí estamos amigos y amigas, en esa estructura viciada que no es un círculo en realidad, sino una espiral decreciente que acaba en el centro de la mismísima nada. Si no se interviene rápido y de manera decidida centenares de pueblos languidecerán, como ya lo están haciendo, y desaparecerán en un plazo que nos va a asombrar por su brevedad. Pretendo que estos artículos nos sirvan para reflexionar sobre el qué hacer ante tamaño desaguisado, una vez que, a mi entender, el diagnóstico de la situación está ya meridianamente claro.

Por fortuna, la alarmante situación de la España despoblada va llamando la atención de cada vez más gente. Proliferan los artículos periodísticos y los programas televisivos que denuncian el vaciamiento irremisible del territorio; estudios académicos y libros recién salidos de la imprenta analizan el fenómeno desde muy diversos puntos de vista.

Quizás el que ha tenido mejor fortuna (merecida) y el que ha levantado la liebre en el momento adecuado sea “La España vacía”, de Sergio del Molino, que fue reseñado en estas mismas páginas tres meses atrás (*La Plazuela*. Febrero 2017. La hoja de parra). Del Molino no se refiere sólo a la región que hemos definido como Serranía Celtibérica sino que amplía el territorio objeto del libro: las comunidades de Extremadura, las dos Castillas, La Rioja, Aragón y Madrid al completo, excluyendo las grandes ciudades y corredores industriales e incluyendo ciertas zonas limítrofes a estas comunidades. Sorprende que Flanagan, el autor de la reseña y con quien estoy básicamente de acuerdo, no ponga el acento en la feroz crítica que el autor despliega a cómo se presenta el futuro para la España interior, y en concreto para Sigüenza. Es cierto que “Del Molino presenta un trabajo inteligente rebosante de cultura y conocimiento del medio, que convierte el libro en una oportuna reflexión sobre el país en que vivimos.”

Pero el libro es más que una reflexión porque el autor se moja en las razones por las cuales la realidad es la que es. Apunta directamente al fraude del desarrollo rural, concretado en la apuesta de vivir eternamente de un ensalzamiento del patrimonio y de la historia con la vista

puesta en el turista:

“Desde la muralla de Sanabria pienso que quizá vivan [los sanabreses] un relato impuesto desde la conciencia urbana, que ha asignado a los sanabreses el papel de preservar un pasado como si fuera el patio de recreo del presente. [...] Lugares como Sanabria, pero también Sigüenza, Albarracín o Almagro y todas esas viejas ciudades de interior, en la que los automovilistas paran a comer asado, comprar miel o comer berenjenas en vinagre, existen como proyección de un pasado eterno”.

Y resuelve: “Me parece, más bien, la enésima imposición. El intento de sobrevivir adoptando un caparazón historicista, negándose el derecho a la contemporaneidad.”

El libro, aun siendo en esencia un estudio literario sobre la construcción del paisaje, da muchas claves acerca de cómo estas tierras se han convertido por imperativo legal y social en escenarios para otros. Las poblaciones que pueden, claro, porque en Bochones no se ha descubierto todavía catedral ni iglesia románica, como en la inmensa mayoría de los pueblos que no poseen un patrimonio que te puede permitir convertirte en escenario, eso sí, “negándote el derecho a la contemporaneidad”, es decir, a la vida real, no escenificada. Es curioso cómo el libro ha tenido aquí tan buena acogida ya que el autor dedica buen espacio a poner a caldo la atmósfera intelectual que marca el paso a muchas de las actividades que lleva a cabo la administración seguntina.

Otro interesante texto es “Los últimos”, de Paco Cerdá. El autor recorre 8 provincias, asombrándose de la despoblación reinante y conversando con las pocas que habitan los municipios que visita. Es un texto nostálgico, intimista y desesperanzado ya que Cerdá no vislumbra solución posible al avance de la nada.

Tampoco se plantea las causas de la despoblación. Son las entrevistadas quienes sí apuntan causas y soluciones. Y algunos testimonios deslumbran por su lucidez, como el de (...) prior del Monasterio de Silos, en Burgos, que sabe más de las razones profundas de la despoblación que cualquier político o administrativo supuestamente volcado en el problema.

En “El viento derruido” Alejandro López Andrada evoca su infancia y relata el devenir de Los Pedroches, en la confluencia de las provincias de Córdoba, Ciudad Real y Badajoz, una región antaño próspera y hogaño azotada por el vaciamiento poblacional. El autor tampoco analiza causas aunque éstas se entrevén en los numerosos testimonios que se recogen. El libro rezuma poesía y se construye como una mirada nostálgica a un mundo rural, el del autor en su niñez en ese entorno, que ya ha dejado de existir y nunca va a volver. Empalagoso a veces, pero cautivador.

Los tres libros comentados destilan desesperanza. Asisten atónitos al ocaso de un mundo para el que no ven solución ni reemplazo posible. Pero no es así.

Claro que hay soluciones y claro que hay reemplazos. Desde estas páginas pretendemos ponerlas sobre la mesa y discutir las. Con vuestra ayuda, improbables lectoras. Porque si perdiésemos ya la esperanza sólo nos quedaría sumarnos a la corriente y hacer las maletas. Y eso de ninguna manera.

Isato de Ujados

Bibliografía

Sergio del Molino, La España vacía, editorial Turner, 2016

Paco Cerdá, Los últimos. Voces de la Laponia española, editorial Pepitas de calabaza, 2017

Alejandro López Andrada, El viento derruido. La España rural que se desvanece, editorial Almuzara, 2017

Parar la despoblación. 2. Teoría del éxodo rural

Publicado: 13 Junio 2017 Escrito por Isato de Ujados

Las teorías impresionan y son polémicas por naturaleza, pero son útiles para entendernos mejor con este pandemio que llamamos realidad, siempre que no nos las tomemos demasiado en serio. Son útiles porque si tenemos una teoría sabemos (o creemos saber) qué factores afectan a tal o cual acontecimiento y podemos por lo tanto incidir sobre él. Existe un hecho sobre el cual queremos intervenir, a saber, en España la despoblación rural aumenta sin cesar y no hay viso desde el que otear una solución al problema. Queremos frenar el avance de la nada, revertir un flujo que vacía comarcas enteras, cierra bares y transforma huertos feraces en secos baldíos. Preguntarse cómo hacer que la gente vuelva es preguntarse también por qué se fue. Conociendo la causa del éxodo podemos intentar revertirlo. Esta es la motivación de la teoría del éxodo rural que vamos a desplegar aquí. Y aunque sepamos que conocer las causas del éxodo no nos garantiza establecer medidas inteligentes para frenarlo, sí nos permite abordar el asunto con una perspectiva histórica, de la que adolecen normalmente las interpretaciones más comunes del fenómeno.

La teoría generalmente aceptada sobre el éxodo rural es sencilla y de corte psicológico: los habitantes de las zonas rurales ya no son capaces de satisfacer sus necesidades en ese medio y deciden emigrar. En efecto la población rural en España baja desde el 43% en 1960

hasta el 20% en 2015. Pero tal explicación obvia lo más importante. ¿Qué pasó en la segunda mitad del siglo XX para que millones de personas “decidieran” abandonar el medio que había permitido vivir a sus ancestros durante miles de generaciones? La teoría enunciada no es una teoría; es sólo la constatación sesgada de un hecho. Además comete un error fundamental: plantea la suma de millones de decisiones individuales, las de las personas que emigran, como la causa de la despoblación rural cuando en realidad esas decisiones no pueden ser sino la consecuencia de procesos que operan a nivel social, no individual. Una teoría debe explicar precisamente por qué las personas, en conjunto, toman esa decisión. No la tomaron en el siglo XVII, ni en el XVIII, ni en el XIX. La toman en la segunda mitad del XX y eso merece una explicación estructural, no psicológica.

El factor más importante que determina el éxodo rural en la segunda mitad del siglo XX es la industrialización de la agricultura y la ganadería. La industrialización del campo, en definitiva. La llegada del capitalismo industrial a las zonas rurales tuvo dos efectos entrecruzados. En primer lugar la exigencia de mecanización para poder competir en un nuevo mercado agrícola, no local, en el que los precios caen sin cesar debido al aumento de la productividad que proporciona la maquinaria. Y en segundo lugar la exigencia de grandes terrenos cultivables para poder amortizar toda esa inversión tecnológica. Estas dos exigencias contienen en sí mismas un terrible corolario: en el campo sobra gente. Y sobra mucha.

La sustitución de la tracción animal por la mecánica junto con los fertilizantes sintéticos permitieron ahorrar en el coste principal de la agricultura durante más de cinco milenios: la mano de obra. Además ya no hay que cultivar para dar de comer a los animales por lo que la superficie cultivable agrícola para consumo humano se dispara. Estos factores estructurales se concretan en la vida de cada una de las personas que integran la vida rural de diferentes modos. Para la familia campesina tradicional desaparecen los excedentes agroganaderos intercambiables por dinero. Antes las parcelas que se cultivaban proporcionaban autosuficiencia alimentaria y excedentes con los que se obtenían materias no agrícolas: vestidos, herramientas etc. Ahora los precios son tan bajos que la monetarización de esos excedentes no es viable, sólo el trueque esporádico mitiga la previsible ruina. Por otro lado muchas parcelas comunes, vecinales y en definitiva no privatizadas pasan a serlo a lo largo del siglo XX. Esas parcelas, además, se convierten en objeto deseado de los pocos que han conseguido llevar a cabo la mecanización, normalmente los que partían desde una posición privilegiada, con acceso al capital suficiente para la reconversión. Para ellos la agricultura deja de ser un elemento básico que proporciona seguridad alimentaria y algunos excedentes para mercados locales. Ésta se transforma en una herramienta para conseguir beneficios

monetarios crecientes. Se planta para vender y, si es para eso, cuanto más mejor. Se opta por el monocultivo, más fácil de mecanizar. Y se intenta ampliar la superficie cultivada por todos los medios. Es el nacimiento de la agroindustria. De este modo esa familia campesina tradicional no sólo se encuentra con bajos ingresos sino con que muchos de los terrenos que cultivaban o de los que se aprovechaban de diversos modos sin ser propietarios pasan a engrosar las hectáreas de cultivo intensivo que ahora explotan los nuevos capitalistas agrarios, normalmente saliditos directamente de la familia más rica del pueblo, que es también quien pilota las recalificaciones necesarias para generar grandes extensiones privadas. En cincuenta años el campo pasa de ser el medio de subsistencia básico de la mayoría de la población a un tentáculo más de la producción capitalista. Lo más interesante es que este cambio, que acaba con un modo de vida milenario y expulsa despiadadamente a la población, se presenta no sólo como un futuro inevitable, que también, sino como el futuro deseable que todas estábamos esperando. Es, simple y llanamente, el progreso.

Si la desestructuración de los modos de vida rurales hubiese tenido solamente un carácter económico se podría haber solucionado sobre el terreno. Por ejemplo mediante la creación masiva de cooperativas agrícolas que, con el capital de muchos y la ayuda institucional, hubiesen podido encarar la gran transformación en ciernes. Pero eran otros los planes. La industrialización del campo es coetánea al desarrollismo de los años 50 y sobre todo de los 60. Las ciudades se industrializan a marchas forzadas y son necesarias miríadas de trabajadores que llenen las fábricas y comiencen a crear lo que luego ha sido conocido como el “sector servicios”. Pues bien, es precisamente la España rural la que llena esas fábricas. El Estado no interviene para frenar la despoblación rural; al contrario, construye cientos de barrios obreros en la periferia de las ciudades para acoger a las nuevas hordas de desposeídos, construye embalses y afronta inmensas replantaciones forestales que “reubican” a la población rural en los nuevos polos industriales; disminuye los servicios sociales en grandes áreas que espera conscientemente que se conviertan en desiertos demográficos... El éxodo rural nunca ha sido frenado, sino impulsado por las instituciones. Y a veces de un modo sutil que es el elemento que más conecta con la época actual: la promoción social de lo urbano como sinónimo incuestionable de progreso. Los agricultores desposeídos no viven en la mayoría de los casos su emigración como un drama sino como una oportunidad. La ciudad representa una nueva forma de vida, de relaciones sociales, de maneras de ocupar el tiempo libre, de hábitos culturales. Lo importante al emigrar no es que el destino sea más grande, en términos poblacionales, es que implica otro modo de existencia. La migración se conceptualiza también como una oportunidad para el ascenso social: mayores niveles de

ingreso, mayores oportunidades de consumo y mejores perspectivas de promoción futura. Las personas no emigran a la ciudad por el hecho de ser ciudad, de vivir mucha gente. Emigran, escapando de su pobreza, a otra forma de vivir porque el modo en el que llevan viviendo siglos no les ofrece ya un porvenir deseable. Es decir, que el propio fenómeno de la emigración implica un cambio de percepciones y una asunción de los esquemas valorativos que proceden de lo urbano, en contra de lo rural, que es denigrado. El horizonte del trabajo asalariado con horarios fijos, los ingresos más altos y (aparentemente) más seguros, las tiendas, calles iluminadas, ruido y movimiento permanente, diversiones en cines, teatros y bares....se vislumbra ahora como el horizonte deseable. En realidad los emigrantes no tienen mucha elección, pero lo viven como una decisión propia y como un avance en casi todos los sentidos. El mundo urbano ha penetrado en su interior, empujado por la televisión y apuntalado por el derrumbe del campo. La ciudad les ofrece no sólo un sitio donde ir a procurarse una vida digna sino también todo un nuevo esquema valorativo. El campesino contrasta la pobreza y el atraso rural con la riqueza y el progreso urbano. En realidad, al hacer suyo el esquema valorativo de la ciudad, lo que está asumiendo es la definición de riqueza, pobreza, atraso y progreso que emana de la ciudad. El campesino no sólo tiene que irse; quiere irse porque en muy poco tiempo su modo de vida se le aparece como intolerable. Esta combinación de pobreza en el campo y ensalzamiento de un modelo social urbano, generados ambos por el mismo elemento transformador, vaciaron los campos no sólo de España sino de medio mundo. Y ya nos apunta las características que debe tener una estrategia de repoblación, que desarrollaremos en los próximos artículos: no va a ser la profundización en ese mismo modelo lo que conseguirá que nuevos habitantes se asienten en estas tierras.

Isato de Ujados

Parar la despoblación. 3. La repoblación que ya ocurrió

Publicado: 13 Julio 2017

Escrito por Isato de Ujados

En el artículo anterior finalizábamos apuntando el hecho de que la industrialización del campo que tuvo lugar en el siglo XX vació los campos de España y de medio mundo, en un proceso que todavía hoy sigue operando. Sin embargo han existido otras épocas históricas en las que el flujo migratorio tuvo el sentido inverso, desde las ciudades hasta las zonas rurales. Ejemplos obvios son las conquistas de nuevos territorios por los imperios europeos: el centro

y el sur del continente americano por parte de españoles y portugueses, principalmente; y el más reciente de la conquista de América del Norte por parte de colonos británicos, inicialmente, y estadounidenses algo después. Pero estos ejemplos poco pueden inspirarnos en nuestra búsqueda por dos razones. La primera es que esas repoblaciones fueron acompañadas de un exterminio consciente de la población autóctona; de hecho no fueron repoblaciones de territorios despoblados sino conquistas a sangre y fuego con posterior dominio sobre las tierras usurpadas. Y la segunda es que precisamente esa hostilidad con los habitantes naturales no permitía el desarrollo de una vida autónoma, dispersa sobre el territorio y esencialmente libre. La corona española no controlaba en realidad sino puertos, determinados caminos y grandes aglomeraciones fortificadas en todo el territorio de las Indias. La inmensa mayoría de la superficie seguía estando habitada por tribus indígenas sin ningún control estatal. Esto fue así hasta el s XIX. Y otro tanto podríamos decir sobre la conquista de Norteamérica.

Tenemos sin embargo un ejemplo más lejano en el tiempo, pero por diversas razones más cercano en sus características y, sobre todo, más pegado a nuestra tierra. Es la repoblación cristiana de la península ibérica, y de Castilla en particular, que aconteció entre los siglos IX y XII. Al contrario que en las situaciones americanas esta repoblación fue acompañada de una coexistencia esencialmente pacífica entre “conquistadores” y “conquistados”. Las comillas vienen a cuento de que, una vez tomado un territorio por las fuerzas cristianas se daban relaciones diversas, dependiendo del lugar, pero en general respetuosas con los antiguos pobladores. Ya en el avance musulmán la situación fue parecida, surgiendo la figura del mozárabe, cristiano viviendo en tierras musulmanas que conservaba la práctica totalidad de los derechos civiles, incluida la libertad de culto. El personaje espejado en tierras cristianas es el mudéjar, musulmán viviendo en tierras cristianas que, de nuevo, conserva libertad de culto y derechos de ciudadanía. Baste este ejemplo para ilustrar esa convivencia a la que aludíamos antes y que poco tiene que ver con los genocidios americanos al sur y al norte. El final de esa época de tolerancia comenzó en 1502, con la conversión forzosa que dictaminaron los Reyes Católicos; y se consumó definitivamente con la expulsión de los moriscos en 1609, ordenada por Felipe III. Cuando el poder estatal se consolidó en la península se acabaron de dos plumazos siglos de convivencia entre las tres religiones (incluyendo también a judíos) lo cual invita a interesantes reflexiones sobre el poder, que por desgracia no vienen al caso en este artículo.

Lo que sí viene al caso de la repoblación es que durante esos siglos (como hemos dicho, principalmente IX-XII) al poder, materializado en los diversos reinos cristianos, le interesaba

repoblar. De nada valía “conquistar tierras al infiel” si luego en ellas no quedaba nadie para asegurar el territorio conquistado, que sin gente pasaba de nuevo fácilmente al poder musulmán. Y de hecho esa fue la dinámica en muchos lugares: continuas conquistas que eran al poco perdidas para ser ganadas de nuevo en breve tiempo, estableciendo un modelo de idas y venidas que sólo muy lentamente se concretaba en un avance neto de las fuerzas cristianas hacia el sur. A este periodo se le llama a veces la “España de frontera”, porque dicha característica, la línea que separaba cristianos y musulmanes, marcaba de hecho toda la realidad en la vida peninsular.

Lo que más nos interesa de este periodo es que desde la administración se tomaban medidas para favorecer que nuevos pobladores se asentasen en unas tierras que por diversos motivos no eran atractivas. El objetivo era repoblar zonas en las que sólo había villas totalmente abandonadas o con muy poca población: los mozárabes, que ahora pasan a ser de nuevo cristianos en tierra cristiana y los musulmanes que se quedan, pasando a engrosar la lista de los mudéjares. Muchos habitantes musulmanes huyeron hacia el sur alejándose de territorio cristiano y dejando en el lugar en el que habían vivido siglos tierras y casas abandonadas.

El poder necesitaba poblar esas zonas contra la inercia demográfica, lo fácil y lo sensato socialmente. Lo sensato era vivir en las florecientes villas cristianas en territorio asegurado, lejos de la frontera bélica y con las infraestructuras acabadas. ¿Por qué razón se iba a ir alguien a vivir a una zona vacía, poco desarrollada materialmente y para colmo cerca del enemigo? La administración tuvo que proporcionar esas razones porque verdaderamente estaba interesada en que esas zonas se poblasen. Y lo hizo.

La principal herramienta que para ello utilizó fue el fuero. Consistía éste en un estatuto jurídico particular, aplicable en una villa o región más amplia y negociado entre la población y el rey, el señor o la orden religiosa que detentase el poder formal en dicho territorio. Y pese a su enorme diversidad todos ellos contienen el mismo espíritu: otorgar facilidades, ventajas y libertades impensables en toda Europa por esa época con el fin de que nuevos pobladores se asentasen en las nacientes villas de los territorios conquistados. Las recetas son múltiples pero siempre incluyen la cesión de tierras y viviendas, la ampliación –a veces de modo sorprendente– de la autonomía política de los pueblos y la instauración de regímenes fiscales beneficiosos para la población asentada. Es decir, las instituciones ponían sobre la mesa unas condiciones favorables para el asentamiento porque sabían que sin un trato diferencial, sin una intervención decidida, dichas tierras jamás serían pobladas. Fueron esas condiciones las que permitieron que poblaciones como Hita, Sigüenza o Guadalajara se poblasen con

antiguos habitantes leoneses, gallegos, castellanos de la meseta norte y un buen número de franceses en el reinado de Alfonso VII. Las medidas priorizaban la población permanente sobre la propiedad de la tierra, de tal modo, por ejemplo, que los descendientes perdían la heredad si no habitaban en ella. Se priorizaba asimismo el asentamiento sobre cualquier otra consideración, específicamente sobre la propiedad privada. En el fuero de Guadalajara (1133) los colonizadores adquieren la plena propiedad de tierras y casas abandonadas con sólo permanecer en ellas y trabajarlas durante un año....

No es cuestión, ni mucho menos, de copiar la letra de tales fueros. El transcurso del tiempo ha hecho que la mayoría de las disposiciones que en ellos se consignan no tengan ahora el más mínimo sentido (por ejemplo en gran parte de los fueros castellanos los nuevos pobladores no podían abandonar su casa si no dejaban a alguien que luchase por ellos en caso de mesnada). Pero sí es cuestión, a mi parecer, de recuperar el espíritu de los fueros. Ese espíritu consiste en intervenir para favorecer el asentamiento generando marcos legales que hagan atractiva la ubicación. Esos marcos necesariamente desafían de diversos modos el orden establecido pues de manera más o menos directa es ese mismo orden el que ha provocado que los territorios estén despoblados. Cuestiones que siempre han constituido una vaca sagrada, como la propiedad de la tierra, fueron puestas en cuestión atendiendo a favorecer una dinámica social que consideraban más importante que mantener el statu quo a cualquier precio para no irritar a los grandes propietarios y a los prohombres del lugar.

¿Se podría recoger ese espíritu y actualizar la letra de los fueros para adaptarla a la Castilla del siglo XXI? Pensamos decididamente que sí. Y a concretar esas disposiciones nos dedicaremos en el siguiente artículo. Pero antes de concretar nada hay que tomar una decisión. Hay que decidir si se quiere que los pueblos sean repoblados. Hay que decidir si se quiere actuar en ese sentido o no. Si se decide que no, seguir leyendo estos artículos va a dejar de tener sentido, ¡con todas las cosas interesantes que hay por hacer!. Si se decide que sí merece la pena hay que tener en cuenta que llevar a cabo cualquier proyecto con ese objetivo será un proceso muy largo. No puede ser de otro modo pues tal proyecto no sólo pretende revertir la situación actual de muchos pueblos en decadencia, que también, sino prevenir una situación futura, pero cercana, en la que la despoblación convierta los pueblos en ruinas. No se puede por lo tanto esperar demasiado de los políticos al uso, con esa característica tan suya de interpretar el mundo a cuatro años vista, en el mejor de los casos. Ni contar con personas cuyos intereses vitales llegan justo justo hasta el día de su muerte, sin importarles demasiado el mundo que dejan por herencia. Es habitando esos propios municipios en riesgo donde se encuentran las personas que más los aman y por ello que

pueden sacar tiempos y recursos del tráfago diario para intentar lograr un objetivo que trasciende a sus propias vidas y cuya única retribución es la satisfacción de hacer lo que una cree que debe hacer. Si eres de esas, yo voy contigo.

Isato de Ujados

Parar la despoblación. 4. Recetas que no funcionan

Publicado: 15 Agosto 2017 Escrito por Isato de Ujados

En ocasiones es más fácil saber lo que no hay que hacer para lograr un objetivo que lo que sí hay que llevar a cabo. Así que empecemos por lo más fácil: criticar; y dejemos para el siguiente y último artículo lo más difícil: proponer qué y a quién.

La realidad es que hoy por hoy y pese a que el problema de la despoblación está en boca de todo político que se precie no hay ningún plan serio para revertir el éxodo rural. Y hay buenas razones para que no lo haya pues un plan efectivo requiere poner en tela de juicio determinados elementos que constituyen el núcleo de la modernidad. Hablábamos en el segundo artículo de esta serie de que una de las causas del éxodo rural es la extensión de un modelo social y, sobre todo, económico, que valoriza lo urbano (moderno, dinámico, culto, conectado...) e infravalora lo rural (atrasado, paleta, conservador, aislado...). Pues bien, nuestros queridos próceres pretenden (todavía no sabemos si sinceramente) repoblar el campo sin modificar un ápice ese modelo social, sino profundizando en él. ¿Cómo es posible esta cuadratura del círculo?, ¿cómo traer a gente insistiendo en el mismo modelo que la ha expulsado de aquí? Pues, según ellos, mediante dos vías: convertir el campo en una extensión de la ciudad y entregarnos impudicamente a lo que nos libraré de toda quiebra, el salvífico turismo. Son sus recetas para evitar el éxodo. Ambas llevan fracasando más de treinta años, pero la obstinación es una de las más llamativas características de nuestros sabios mandatarios.

Respecto a la primera, la conversión del campo en apéndice urbano, pretenden llenar Castilla de autovías, mejorar las comunicaciones, instalar internet en todos los pueblos e intentar que se fije en estas tierras algo de la decadente industria española para proporcionar puestos de trabajo. Y no es que algunas de esas intervenciones no sean positivas (por ejemplo la de internet, que ya va siendo hora...) sino que no son esos elementos los que pueden fijar población. Porque en la ciudad siempre habrá mejores comunicaciones, internet más rápido y

más puestos de trabajo. Fue muy interesante una de las intervenciones en la soporífera charla sobre la despoblación que aconteció en Sigüenza el 17 de junio. Uno de los ponentes afirmaba que el alcalde de Cogolludo se lamentaba de la mejora de la carretera pues ahora varias personas que trabajan en dicha población diariamente habían cambiado su residencia a Guadalajara con el argumento de que gracias al arreglo se podía ir y venir de allí todos los días. Asimismo la concejala de cultura del ayuntamiento de Sigüenza manifestó que de los siete trabajadores del centro cultural cinco vivían en Guadalajara con idas y venidas diarias gracias a la mejora de las comunicaciones. Es decir que mejorar las carreteras no había producido un aumento de la población sino una disminución. La tozuda realidad también nos dice que desde la instalación de internet, precaria y no en todos los pueblos ni mucho menos, tampoco se ha producido un aumento de la población. Igual que permite una gestión desde lo rural de trabajos telemáticos ubicados en lo urbano, ha permitido que por ejemplo las casas rurales, inicialmente planteadas como un negocio que facilitaría el asentamiento, se manejen íntegramente desde la ciudad. Ahora los propietarios de casas rurales conducen el negocio desde Madrid o Guadalajara, fomentando esa perversa tendencia de turistificación sin presencia de población permanente. Como se suele decir, ante la copia siempre se prefiere el original; pretender que lo rural sea una mala copia de lo urbano conduce realmente a un mayor abandono del campo debido a que éste se percibe por quien está imbuído del nuevo espíritu de los tiempos como una versión desmejorada y cutre del lugar donde se sitúa la acción moderna: la ciudad. En realidad ya tenemos unas comunicaciones bastante aceptables (excepto el transporte público, en franca decadencia generalizada) y ya se puede contratar internet en cualquier pueblo. Pero el éxodo continúa. Llevan treinta años con el mismo discurso, y ahora en vez de carreteras arregladas se reclaman autovías, aves y banda ancha. Pero el éxodo continúa. No se puede decir que no sigan con rigor la quijotesca actitud de “sostenella y no enmendalla”. A nuestros prebostes la realidad no les va a estropear sus sólidas teorías, faltaría más.

La segunda vía hacia la repoblación de estas tierras y poco menos que a nuestra salvación vital es la entrega al turismo. La ecuación es sencilla: para venir aquí hace falta trabajo, y ya que no hay industria, en la agricultura no se necesita gente y en la ganadería pagan quinientos euros sólo nos queda convertir esto en un escenario turístico y a ver si así algunas se salvan del desastre y, ¡quién sabe!, incluso se pueden instalar aquí negocios florecientes que, como brotes verdes, anuncien el nuevo renacer. El problema es que media España despoblada tiene la misma idea y parece que no nos queda sino competir por ver quién oferta la mejor astro-ruta, geolo-visita, el nuevo museo de-lo-que-sea para que los que vengan de la

ciudad, y todavía pueden permitírselo, piquen el anzuelo y dejen unos cuantos euros entre bares, tiendas y alojamientos. Pero ya sabemos que esos euros nunca dan para mucho, por su carácter estacional, su esencia imprevisible y, sobre todo, porque para dar comida, alojamiento y recuerdos típicos de toda índole a una horda de turistas hacen falta relativamente muy pocos puestos de trabajo, que en cualquier caso se concentran en las cabezas de comarca: Sigüenza, Atienza y poco más. De hecho el enfoque mismo es pernicioso pues convertir lo rural en un escenario turístico ya asume que en el campo no se vive, sino que se va a visitar, como un paseo por el pasado en el que, si tienes suerte, puedes hablar con un lugareño auténtico y comerte un tomate de huerto, a ser posible “esferificado”. La apuesta por el turismo ya abandona la idea de que en el campo se puede vivir por lo que el propio campo ofrece y lo convierte en una parada vacacional del que está donde se cuece el asunto, que es en la ciudad. De nuevo la terca realidad nos indica que pese a transformar lo rural en un parque temático sobre lo rural no se ha conseguido fijar población que viva, de verdad, de lo rural, y no de su nostalgia. Pese a todo el artificio turístico, los censos siguen disminuyendo.

Ninguna de estas dos vías, y menos su combinación, van a lograr fijar población en municipios próximos a la extinción, que son la mayoría en nuestra tierra. En verdad ni siquiera creo que lo pretendan, pese a tanto discurso grandilocuente sobre despoblación. Las personas a las que van dirigidas estas intervenciones son precisamente las que en ningún caso quieren establecerse en lo rural; por eso lo visitan como turistas gracias a las comunicaciones mejoradas. Y eso de a quién va dirigida la intervención necesaria para revertir la despoblación es de suma importancia, pues quizás se está apuntando a objetivo equivocado.

Las personas que más fácilmente podrían asentarse en el medio rural son precisamente aquellas que, de alguna manera, han claudicado en parte de esa visión del mundo y esos valores que promueven lo urbano como el escenario de la vida moderna. Personas que no se dejan seducir por los cantos de sirena del progreso (entiéndase: aumento del P.I.B.) y que han asumido, sabiamente a nuestro entender, que la tranquilidad, el contacto con la naturaleza, las relaciones humanas que se establecen en los pueblos y otras características intrínsecamente rurales son preferibles al ultraconsumo, las últimas modas tecnológicas y el ritmo vertiginoso de la ciudad. De hecho puede que esas características sean el verdadero progreso. Personas que deciden cambiar el inmediato acceso a cines, teatros y centros comerciales por un pequeño huerto debajo de casa o por noches oscuras, frescas y silenciosas. ¿Quién va a venir si no?, ¿emprendedores comerciales y personas fascinadas

por el último artilugio móvil?, ¿gentes con el enriquecimiento como horizonte vital? Estas se quedan en la ciudad. Desengañémonos; ni se van a fundar las últimas *start up* en Palazuelos ni Pozancos va a ser el epicentro de ningún Silicon Valley seguntino. Tampoco se va a producir un renacer de la vieja industria, y menos todavía un repunte de trabajos asalariados dignos que llamen la atención de las clases medias urbanas. Quien venga a estos lares sabe bien lo que le espera: mucho trabajo y (casi) ninguno asalariado. Si ya en la ciudad escasea el trabajo asalariado y los sueldos de mil euros son un grato recuerdo no podemos esperar que aquí se vayan a generar mejores condiciones a ese respecto. Por lo tanto, y esto es lo importante, personas que buscan eso como primera prioridad jamás van a jugarse aquí su suerte. Sí lo pueden hacer, si embargo, otras que sean capaces, y deseen, trabajar esporádicamente o pocas horas a la semana (que son los trabajos que hay) si se dan las condiciones necesarias para vivir con esos bajos ingresos. Afirmar que esto se puede repoblar con las clases medias bien asentadas que trabajen on line, con emprendedores en la cresta de la ola o con promotores turísticos es tomarnos el pelo. Dos esperanzas se vislumbran en el horizonte para que los pueblos, sobre todo los más pequeños, no se mueran en un par de décadas: inmigrantes y neo-rurales. De ellos y del marco que podría cobijarles hablaremos en el próximo artículo.

Isato de Ujados

Parar la despoblación. y 5. La esperanza neorrural

Publicado: 17 Septiembre 2017 Escrito por Isato de Ujados

Ya es tiempo de finalizar esta serie de artículos que nos han llevado a explorar el problema de la despoblación desde diversas perspectivas. Para mí han sido de mucha ayuda para aclarar ideas y reflexionar sobre múltiples cuestiones; y espero que no hayan sido una pérdida de tiempo para mis improbables lectores. Acabaremos pues. Pero acabaremos poniendo sobre la mesa las esperanzas y las posibles soluciones que la realidad nos brinda, después de tantos meses de críticas y desasosiegos.

En el anterior artículo planteábamos como una ingenua ilusión el pensar que familias convencionales de clase media se instalasen en nuestra comarca. Ni teniendo estupendas

carreteras, ni internet a alta velocidad. Algunas lo podrían hacer por múltiples motivos, pero en ningún caso se producirá un movimiento demográfico lo bastante intenso como para revitalizar los centenares de pueblos en vías de extinción. Y terminábamos diciendo que sí hay dos agentes que tienen el potencial suficiente y las características adecuadas para abordar en las próximas décadas un proceso generalizado de repoblación: inmigrantes y, sobre todo, neorrurales. Hablaremos largo y tendido de estos últimos.

El fenómeno neorrural comienza en Europa en los años 60, pero es sobre todo con las llamas de 1968 cuando se amplía y generaliza. A partir de ese año e irradiando desde Francia nuevas ideas cuestionan el orden establecido y comienzan su andadura algunos movimientos que no han hecho sino crecer desde entonces, particularmente el ecologismo y el feminismo (que no son ni mucho menos nuevos pero que reciben en esos años un espaldarazo importantísimo). Entre estas ideas se encuentra una revaloración de lo rural, fundamentalmente como reacción a una vida urbana alienada y al modelo de sociedad que el capitalismo va configurando. En ese contexto muchas personas deciden abandonar la ciudad y recomenzar la vida en espacios rurales. El colectivo es mayoritariamente joven y se dirigen al campo con un proyecto de vida alternativo. Estos son los neorrurales. Por primera vez se produce un movimiento demográfico inverso al dominante en el siglo XX. Aunque no comparable en intensidad al éxodo rural que vació los pueblos, sí abre una importante brecha psicológica: hay gente que no está fascinada por los caramelos del consumo de masas y llaman calidad de vida a ciertos elementos específicamente no urbanos. En España hay que esperar unos años más, hasta el 76 aproximadamente, para que determinadas imposiciones sociales del franquismo se relajen levemente y muchos grupos de jóvenes urbanos desanden el camino andado por sus padres y emigren al campo para materializar las ansias de libertad que llevaban tanto tiempo retenidas.

El neorruralismo, o la vuelta al campo, puede presumir de una larga trayectoria. Los antecedentes históricos son numerosos pero es a partir de los años 60 cuando el fenómeno se adapta al contexto social, económico, político y cultural en el que ahora nos encontramos. Inicialmente el movimiento neorrural es fundamentalmente político y contracultural, pero progresivamente se diversifica para dar cabida a una inmensa pluralidad de iniciativas, perspectivas, motivaciones, ideas y concepciones que en muchos casos sólo comparten el marco en el que se desarrollan: el medio rural. También son diversas las interacciones (tensiones la mayoría de las veces) entre neorrurales y autóctonos, que no entienden cómo

alguien puede venir a vivir al campo, que asocian con atraso y baja calidad de vida, desde lo urbano, que asocian con el progreso, la comodidad y la vida moderna, en definitiva. Los familiares de esas personas autóctonas son las que han protagonizado el éxodo rural, huyendo de una vida que consideraban intolerable y penosa así que ¿cómo es posible que otras personas vengan al campo a, según dicen, vivir mejor que en la ciudad? La respuesta es que el movimiento neorrural, con toda su heterogeneidad, plantea nuevas formas de habitar lo rural. No se trata de volver al campo para hacer en el campo lo que siempre se ha hecho, sino precisamente de volver transformando; con nuevos enfoques, nuevas actitudes y nuevas tecnologías. Asumiendo lo que el campo tiene de positivo e intentando cambiar sus aspectos más negativos. Desafiando, sobre todo, la jerarquía de valores que pone a lo urbano por encima de lo rural.

Son todas estas características del movimiento neorrural las que posibilitan su asentamiento en regiones semi abandonadas y depauperadas. Son personas dispuestas a vivir con bajos ingresos porque han comprendido que la acumulación material no es la vía hacia su felicidad y que quien no es capaz de ser feliz con poco difícilmente lo será con mucho. Muy vinculadas a los movimientos slow, que preconizan una ralentización de la mayoría de los aspectos vitales: más despacio, menos desplazamientos, menos necesidades, menos consumo, más tiempo libre, menos yo y más nosotros. No requieren de grandes autopistas, ni de infraestructuras faraónicas, ni de banda ancha. Son emprendedores excepcionales, pero las empresas que levantan no tienen como objetivo la maximización del beneficio sino optimizar la relación entre los ingresos necesarios y el trabajo destinado a tal fin. No quieren crecer siempre. Usan coches, pero no quieren un BMW; usan teléfonos, pero no quieren un iphone. En el fondo se encuentra la siguiente cuestión: son las personas que pueden repoblar los pueblos semiabandonados porque son las que rechazan el modelo urbano, que cada vez convence a más gente de que si no vives en la ciudad estás fuera del mundo. Y la disyuntiva es esta: o bien convertimos lo rural en un apéndice de lo urbano y en un escenario vacacional para que las personas embelesadas con la urbe no se vayan o facilitamos el asentamiento precisamente de las personas que prefieren el campo por lo que el campo es y tiene. Por lo que el campo es. Por lo que el campo tiene. Nos gastamos una millonada en programas para modernizar el campo, que no es otra cosa, en general, que extender al campo el modelo de sociedad urbano, y no se logra fijar población. Y es lógico que así sea porque no es ese su objetivo. Podríamos gastarnos la mitad de la mitad en facilitar el asentamiento de las que

quieren vivir verdaderamente en el campo, que hoy por hoy son las personas enmarcadas dentro del amplio movimiento neorrural.

Esa facilitación es muy simple, al menos en una primera fase. Un elemento importante es la existencia de espacios que puedan ser habitados en esos pequeños núcleos. Se da la paradoja de que en pueblos con apenas habitantes y en obvia decadencia no se encuentra una casa de alquiler. Muchas casas están vacías, muchas se están arruinando año tras año pero es casi imposible alquilarlas. Uno podría pensar que el propietario de una casa que se está viniendo abajo y que no utiliza para nada la alquile para obtener un rédito mensual y para mantener la casa en pie. Pero los pueblos están llenos de casas vacías que no se alquilan. ¿Por qué? Principalmente porque esas casas no pertenecen a una sola persona sino a todo un conjunto de herederos, propietarios de una pequeña parte de la misma. Esos herederos emigraron hace tiempo y en muchas ocasiones están totalmente desentendidos de la heredad. Quizás alguno no, pero es necesaria la aprobación de todos estos propietarios para alquilar la vivienda. A algunos de ellos les gustaría que la casa se alquilase y no se perdiese, pero otros prefieren que la casa se hunda a tener que iniciar trámites burocráticos o a hablar y ponerse de acuerdo con sus familiares. En otras ocasiones es por pura dejadez. Sin embargo algunas llamadas de teléfono a esos propietarios desentendidos por parte de la alcaldía puede poner en marcha procesos que culminen en una nueva casa puesta en alquiler, como se acaba de demostrar en la pedanía de Santamera. También algunos ayuntamientos poseen casas u otros espacios que podrían ponerse a disposición de nuevos habitantes. Lo que no tiene ningún sentido es afirmar que se quiere que los pueblos se habiten y que no existan espacios para acoger a esos nuevos habitantes.

Casas de alquiler a bajo precio, pequeñas parcelas de tierra para cultivar (éstas son por lo general mucho más fáciles de obtener que las casas) y otras facilidades que permitan una vida con pocos ingresos, por ejemplo la sustitución del pago de los servicios municipales por trabajos a la comunidad, son un buen comienzo para que población joven se asiente en los pueblos. Ellos generarán los ingresos necesarios para subsistir, y no será trabajando 8 horas al día para un patrón. Sobre todo porque en estas tierras eso se acabó. Los ayuntamientos pueden hacer mucho para ofrecer esas favorables condiciones, con un gasto mínimo.

En nuestra opinión sólo de esta manera puede generarse una repoblación de la España vacía en las próximas décadas. Y quién sabe si además de llenar los pueblos vamos cambiando la sociedad, que buena falta nos hace.

Isato de Ujados críticas, comentarios: isatotv@yahoo.es